

Javier Argüello

# La música del mundo

De las verdades verdaderas  
a las razones razonables

Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

Javier Argüello

# La música del mundo

De las verdades verdaderas  
a las razones razonables

II Premio Internacional de Ensayo Josep Palau i Fabre

Galaxia Gutenberg

*Círculo de Lectores*

*A Gonza,  
en el sillón morado,  
camino del infinito.*

*A Lola,  
en plena luz,  
enseñándome a volver.*

Somos creadores de músicas  
y fabricantes de sueños,  
que vagamos por desnudos arrecifes  
y nos sentamos junto a corrientes desoladas;  
perdedores, y a la vez salvadores,  
en este mundo sobre el que brilla la pálida luna.  
Y, no obstante, según parece, somos quienes movemos  
y conmovemos a este mundo para siempre.

SIR ARTHUR EDDINGTON

Los hechos y personajes a los que se hace referencia en esta obra son absolutamente ficticios. Cualquier parecido con la realidad –sea lo que sea lo que eso signifique– es pura coincidencia. Aquí se trata de ficciones, señores, lo más parecido a una verdad que jamás llegaremos a conocer.

JAMES JOSEPH ZEEZIR

# Introducción

Esta historia podría empezar así:

En el principio no había nada. La tierra estaba vacía y las tinieblas abarcaban la profundidad del abismo. Entonces Dios decidió separar la luz de las tinieblas, y llamó día a la luz, y a las tinieblas las llamó noche. Pero ¿de dónde salió la luz, de dónde salió la noche?

O quizá podría empezar así:

En el principio, Eurínome, diosa de todas las cosas, se alzó desnuda desde el caos y, copulando con el viento del norte, engendró el huevo universal del que salió todo lo que existe. Pero ¿de dónde salió el caos, de dónde salió el viento?

O quizá así:

En el principio hubo una gran explosión, una singularidad espacio-temporal de la que emergieron los planetas y las estrellas y el polvo cósmico que los circunda. Pero ¿de dónde salió esa singularidad, de dónde el espacio y el tiempo?

Cualquiera de estos comienzos podría ser el de nuestra historia. De hecho, todos lo son. El primero nos inaugura en tanto que hijos de la Biblia. El segundo como occidentales que encuentran su cuna en la Grecia clásica. El tercero como devotos del Big Bang y de la fe científica.

Se presenten como se presenten, se denominen mitos, parábolas, paradigmas o credos, siempre han sido las historias las encargadas de definir el origen y la forma del escenario que nos contiene. Regidos por sus designios es que hemos dotado de sentido al universo. Pero ¿de dónde salen las historias? ¿En dónde radica su misterio? ¿Cuál es la melodía que define sus estructuras y por qué las intercambiamos desde hace tanto tiempo?

¿De dónde salen las historias? Tal vez el comienzo de este recorrido debiera tener la forma de una pregunta: ¿Quién está ahí? ¿Quién está ahí susurrándonos secretos al oído? ¿Qué clase de duende o de musa nos guía a la hora de dar forma a un relato? Cuando nace la intuición primera, cuando por primera vez vislumbramos su silueta, todo eso que aún no está pero que de algún modo ya se intuye, todo eso que aún no se muestra pero que por fuerza ha de desprenderse de aquel germen primigenio, ¿se encuentra en algún lugar exterior a nosotros, en el sueño de los dioses o en la materia celeste, o se encuentra en algún lugar interior a nosotros, llamémosle inconsciente, inteligencia intuitiva o como a cada uno le venga en gana? ¿Dónde está lo que no está? ¿Dónde demonios se esconde eso que aún no ha nacido?

Cuentan que cuando Miguel Angel se disponía a tallar una escultura, se acercaba personalmente hasta la cantera para escoger el trozo de mármol que habría de servirle de materia prima. Estudiaba cada uno, pegaba su oído a él y le daba unos golpecitos con los nudillos para ver qué le respondía. Y no es que estuviera evaluando la calidad del material, no. Él era de la idea de que la obra se hallaba ya en el interior de la piedra, y que sólo se trataba de dar con el trozo adecuado. De algún modo, cuando golpeaba el mármol, lo que estaba intentando hacer era despertar a la figura que se hallaba allí dormida, y permanecía a la espera de que ésta se manifestara, de que le diera alguna señal de que, efectivamente, había dado con ella. Luego sólo que-

daba ir quitando las capas para ir descubriendo poco a poco su forma. Él no moldeaba una forma a partir de un pedazo de piedra, él extraía la forma que la piedra contenía ya en su interior.

Cada época, cada cultura, establece un orden para las cosas del mundo, y desde ese orden responde a las preguntas que se va planteando. Cada una establece su propio relato al respecto. Miguel Ángel, por ejemplo, vivía en una época en la que las prácticas animistas se mezclaban aún con las tendencias antropocéntricas del Renacimiento, y su idea de la forma escondida en la piedra no era ajena a ello. Según el momento histórico en el que nos situemos, la respuesta acerca de si eso que aún no está es interior o exterior a nosotros será una muy diferente.

Alguien podría afirmar –y tiene todo el derecho a hacerlo– que no se encuentra en ningún sitio, que aquello que aún no está no se halla ni dentro ni fuera de nosotros, que simplemente no existe y que lo que hay que hacer es *crearlo*. Si me lo permiten, voy a descartar de entrada esa hipótesis, ya que si así fuera, daría lo mismo la dirección en la que se avanza, y todo aquel que se haya visto enfrentado a un proceso creativo sabe que no da lo mismo.<sup>[1]</sup> Nunca da lo mismo hacia dónde demos el siguiente paso, y la comprobación viene dada siempre por la negativa: cuando avanzamos en una dirección errónea sabemos positivamente que es errónea. Puede que tardemos más o menos en descubrirlo, pero si dedicamos el tiempo suficiente, tarde o temprano habremos de aceptar que hemos equivocado el camino, lo cual equivale a decir que *hay* un camino, ya que de otro modo no podríamos haberlo equivocado. ¿Qué es entonces lo que nos guía? Permítanme que responda a esto con una pequeña historia.

En alguna época incursioné en el terreno del cine, y en la víspera de mi primer rodaje me vi invadido por el pánico natural del que no sabe cómo hará para dar con el plano correcto. Afortunadamente tenía a mi lado a un viejo direc-



tor escocés que me sirvió de apoyo y de guía. Lo llamé tarde en la noche para comunicarle mis temores. Yo no sé cómo hacer esto, le dije, nunca lo he hecho antes. Tranquilo, me dijo él, es como si te enviaran a cazar elefantes y tú nunca antes hubieras visto un elefante. Vas avanzando por la selva, fusil en mano, y de pronto ves que las ramas se agitan. Te preparas y apuntas con el pulso tembloroso, y de pronto aparece un gorila, y no disparas porque sabes que es un gorila y no un elefante. Sigues avanzando, tenso, sigiloso. De pronto las ramas vuelven a moverse. Nuevamente apuntas tu rifle y colocas el dedo en el gatillo, pero pronto ves que lo que aparece tras el follaje es un león, no un elefante, con lo que vuelves a bajar el arma. Y acá viene lo importante: en algún momento va a ocurrir, tarde o temprano va a suceder que va a aparecer un elefante, y no importa que nunca lo hayas visto, porque cuando aparezca vas a saber que no es un mono, que no es un león ni una jirafa. Y ni siquiera es por descarte que lo vas a identificar, me dijo este viejo escocés, te aseguro que cuando aparezca no vas a tener la menor duda de que se trata de un elefante.

Lo importante, en cualquier caso, es que cada época responderá a éstas y a otras preguntas de un modo acorde con la idea que tenga acerca de lo que el mundo es, y que esa idea no resulta ni casual ni caprichosa, sino que responde al entramado de historias sobre las que eso que llamamos realidad se halla montado. En todas las épocas la realidad se nos muestra en forma de historia, lo único que va cambiando es el contenido de lo que esa historia cuenta. Respecto del origen de las historias, por ejemplo, de si aquello que aún no está es interior o exterior a nosotros, hoy la mayoría se decantaría por lo primero. Hablaría del inconsciente, del subconsciente o de los recónditos escondrijos del cerebro. En cambio si la misma pregunta fuera hecha en la Grecia clásica, a nadie se le habría ocurrido afirmar semejante cosa. Para los griegos era evidente que la respuesta era exterior, una cuestión de los dioses y de las

verdades divinas que, a través de las musas, éstos nos legaban. ¿Qué fue, me pregunto, lo que cambió entremedio? ¿Cómo pasamos de ser devotos de las estrellas a poseedores de verdades propias? En la antigua Grecia, si alguien quería tomar contacto con la verdad la buscaba en los poemas que cantaban los rapsodas; en nuestros días la gran mayoría acudiría a los científicos. ¿Qué fue lo que ocurrió entremedio? ¿Cuántas historias hubieron de cruzarse para fundar este sentido nuevo? Y lo más interesante: ¿cuáles se están cruzando ahora mismo para fundar los que vendrán? Si les parece, vamos a empezar por el principio, que es por donde todas las historias deberían hacerlo.

## Breve historia de Occidente I

¡La verdad, la verdad! ¿Qué es lo que tú y yo,  
pobres mortales, podremos nunca saber al respecto?

SADHU SUNDAR SINGH

Atenas, año 401 a.C. El filósofo Sócrates pasea por la ciudad con los andares lentos y la mirada altiva de quien se sabe poseedor de un espíritu elevado, cuando de pronto sus pasos se encuentran con los del rapsoda Ion, recién llegado de los festivales de Asclepio, en Epidauro, en donde acaba de ganar el primer premio de recitación gracias a su sobresaliente conocimiento de la obra de Homero. La noticia es celebrada por Sócrates, quien no tarda en alabar el arte de los rapsodas, la elegancia con que visten y el privilegio que poseen de pasar las horas con los mejores poetas, confesando incluso la envidia que esto le provoca. Luego, y sabiendo que no hay oídos mejor dispuestos que aquellos que acaban de ser adulados, aprovecha para reflexionar con el rapsoda acerca de las fuentes de su arte. Los poetas cantan verdades, nadie osaría afirmar lo contrario, pero ¿se trata ésa de una habilidad que les es propia? Para dilucidarlo Sócrates pregunta a Ion si él se siente capaz de hablar bellamente acerca de cualquier tema o sólo de aquellos que le inspiran, a lo que Ion responde que sólo de los que le inspiran, y especialmente aquellos sobre los que versa la obra de Homero. Y ¿qué clase de técnica es aquella por la cual alguien es capaz de hablar bellamente de al-

gunas cosas y no de otras?, se pregunta Sócrates, para concluir que si se tratara de una técnica que les fuera propia, los rapsodas –y para el caso, los poetas– podrían hablar bellamente acerca de todo lo que se propusieran, y no de unas cosas sí y de otras no. Así, esa caprichosa habilidad no ha de ser algo que les pertenezca a ellos, sino que responde más bien a los designios de las musas. Potestad de los hombres es la capacidad de razonar y es ésta la única habilidad que realmente les pertenece: había tenido lugar la fundación cultural de Occidente.

Mucho antes de que ese diálogo ocurriera –mucho antes de que nadie estuviera allí para contarlo–, hubo un tiempo en el que los dioses habitaron la tierra, pero un día se fueron, dejando a los hombres solos en el mundo. Los hombres se encontraban llenos de preguntas y los dioses no estaban ahí para contestarlas. Preguntas que existen desde que existe la consciencia y que llegan hasta nuestros días, por más que el ruido en nuestros días las opaque y las diluya. ¿De dónde venimos y para qué? ¿Cómo fue que empezó todo? ¿Adónde se va lo que se va? ¿Adónde nos iremos una vez que ya no estemos? Los hombres querían saber y no había a quién preguntar, y buscaron la forma de llevar sus preguntas hasta los dioses. Estos, por su parte, también tenían sus temores. Habían abandonado a los hombres y temían que con el tiempo los hombres los olvidaran. Los dioses no querían ser olvidados y buscaron la forma de mantener el contacto con los hombres. Y lo hicieron a través del mito. El mito representó la respuesta de los dioses a las preguntas de los hombres.

El mejor modo de comprender una época consiste en preguntarse por el método que la misma establece para fijar sus criterios de verdad –aquellos que otorgarán o restarán verosimilitud a las historias que allí se cuenten–, y la verdad para los griegos se encontraba en el pasado, en el tiempo en que los dioses habitaron la tierra. Es por eso que el saber era el saber de la memoria. Los griegos tenían mu-

chos dioses y cada uno se ocupaba de un asunto particular. La memoria entre los dioses era propiedad de Mnemosine, ella era la encargada de conservar el pasado en el presente. Cuentan que un día Zeus fecundó a Mnemosine, y que de esta unión nacieron las musas, y que fueron las musas las encargadas de llevar la verdad a los hombres. Los hombres preguntaban por las verdades del pasado y Mnemosine, a través de las musas, les hacía llegar la respuesta en forma de mito. Pero no se las hacía llegar a todos los hombres, sino sólo a algunos escogidos: los poetas y los rapsodas. Tocados por las musas era que los poetas como Homero escribían sus versos y que los rapsodas como Ion se los cantaban a la gente. A través de esos bellos cantos las musas dejaban traslucir la verdad que hace a la condición humana, pero había un secreto: había veces en que las musas dejaban caer verdades y otras en las que dejaban caer mentiras disfrazadas de verdades, y ni los poetas ni los rapsodas podían conocer la diferencia. Ellos sólo se limitaban a repetir lo que escuchaban, y era la belleza de los cantos lo que les otorgaba el carácter de verdad. O quizá sea mejor decir que verdad y belleza se legitimaban mutuamente. En Grecia la verdad, la belleza, y las sentencias de los dioses no eran cosas que pudieran diferenciarse entre sí. Era verdad lo que era bello, y lo que era bello venía de los dioses. ¿Y cómo sabíamos que venía de los dioses? Porque era bello y verdadero. En Grecia la poesía tenía que ver con la verdad. A ningún poeta se le hubiera ocurrido oponer su verdad a la verdad de los dioses ya que ninguno se consideraba dueño de las verdades que su poesía contenía: eran los dioses quienes se las habían susurrado. En su raíz griega la palabra poesía deriva de la palabra *poiesis*, que en una de sus acepciones se refiere a producir, a crear. Y es que es muy importante entender que para los griegos las palabras no poseían como para nosotros una relación arbitraria con las cosas. Las palabras eran para ellos creadoras de mundo. Las cosas sólo existían a partir de que alguien las nombra-

ba. El mito es la verdad, la verdad hecha palabra. El mito contiene el misterio de la verdad que hace a la condición humana. Verdad trágica la del mito, que está más allá de lo bueno y de lo malo, de lo justo y de lo injusto, el capricho de los dioses de hacer el amor o de matar. Verdad única e incuestionable, no sólo un tipo de verdad. El mito es el puente que une las preguntas de los hombres con las verdades de los dioses, lo que puede ser comprendido y lo infinitamente incomprendible.

El mito es entonces la verdad hecha palabra, y es la única verdad. Eso hasta que empieza a hablarse de *verdades*, hasta que se traza una línea que distingue entre los distintos tipos de verdad. Con Sócrates se inaugura esa división primera. Los poetas cuentan verdades, eso quién puede dudarlo, pero para Sócrates se trata de verdades que no les pertenecen, sino que les son dadas en el delirio poseso de que son presa cuando las musas se apoderan de ellos. Al cantar esas verdades los poetas están *fuera de sí*. No son ellos los que cantan sino las musas a través suyo. Potestad de los hombres es la inteligencia racional, ese es su dominio y así se lo hace saber Sócrates al rapsoda Ion, y de paso al resto de Occidente, el cual a la larga terminará comulgando con esa idea. Pero casi tan interesante como la idea en sí, resulta el modo en que logra imponerla. Sócrates habitaba una época en que la verdad era la verdad de los dioses, una verdad que basaba su fuerza en la belleza de la palabra y que era cantada a los hombres a través de los poetas. Hubiera representado una pésima estrategia intentar difamar esas verdades que él consideraba poco racionales para imponer las que él creía más dignas de atención. Hábilmente, Sócrates propone su punto de vista con humildad excesiva, reconociéndose como un pobre hombre que sólo puede tocar los temas de los hombres, y logra establecer así la disyuntiva entre uno y otro tipo de verdad.